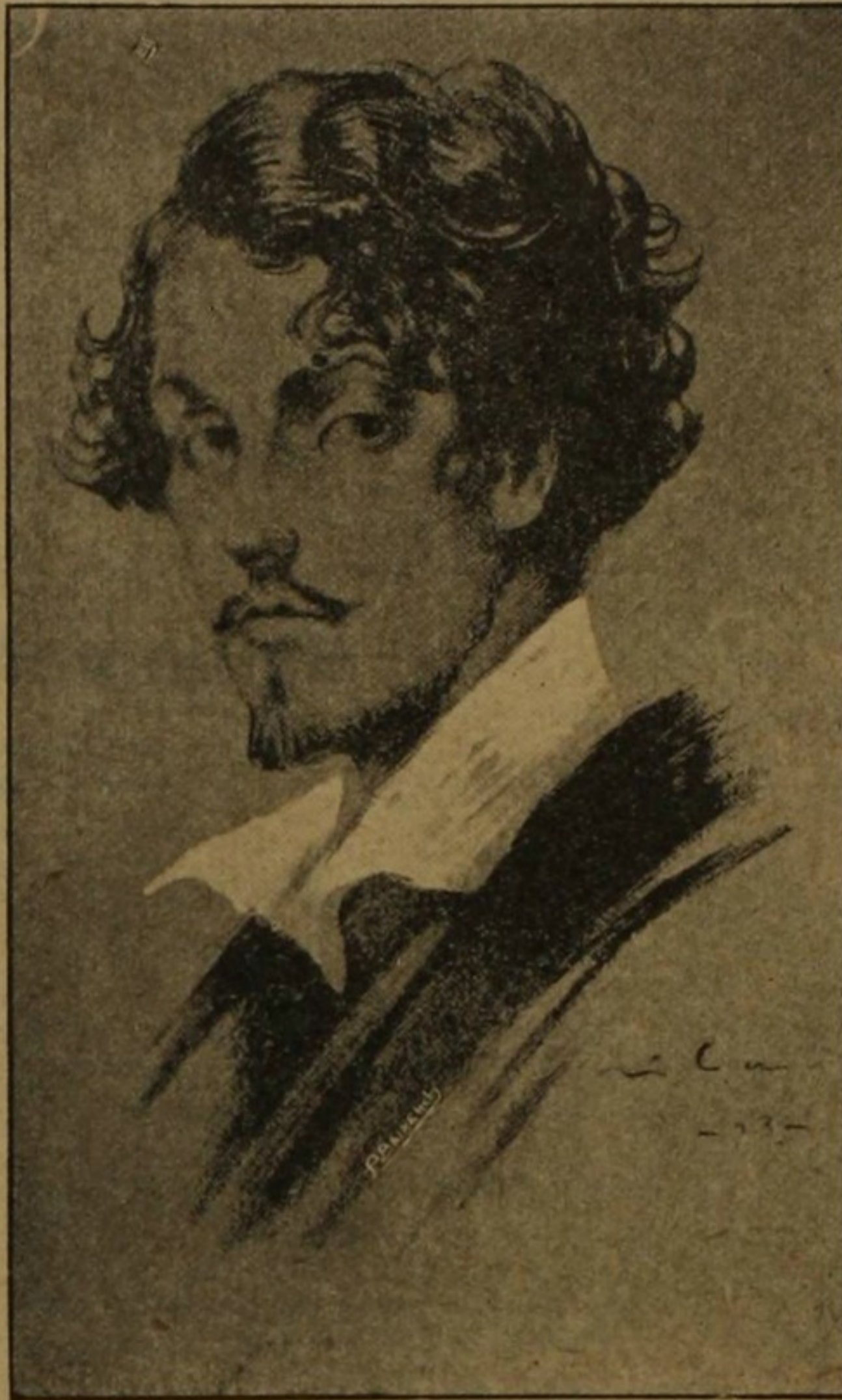


Miedo y vigilia de Gustavo Adolfo Bécquer

—Envío del autor—

Gustavo Adolfo Bécquer no dormía. Nunco pudo dormir, aunque los ojos de su cuerpo se cerraran. Tenía fiebre. Recostado a la orilla de su lecho, veía desfilar, lentas e interminables, las horas al rojo de su vida. Apagada la luz, tal vez abierta alguna hoja de la ventana, perdido "en ese limbo en que cambian de forma los objetos", era cuando su alma percibía, penetraba, adelgazándose, ese mundo confuso, desdibujado, donde las cosas aún no tienen nombre y hay que ir las extrayendo de las nieblas, para moldearlas, denominarlas y, luego, ya una vez desprendidas de su centro, darles cuerpo de tierra y sangre de poesía. Pero para que el alma pueda navegar, recorrer ese mundo de sombras que aún no han dicho su primera palabra, ese hemisferio norte de desconocidos que aún ignoran la luz y el movimiento, necesita antes haber hecho de sus cinco sentidos cinco heridas anchas y profundas, capaces de absorber y ensangrentar toda la atmósfera que rodea, que envuelve y oculta en sus capas de humo la vida futura, poética, de esos extraños seres, oscilantes o inmóviles. Y el alma de Gustavo Adolfo se había abierto en la piel, barrenándose, esas hondas heridas, como cinco largos corredores oscuros, donde los pasos y los ruidos más leves despiertan en sus bóvedas los ecos más tristes y recónditos. Y no dormía. Y era en este sangrante estado de insomnio cuando las almohadas de su lecho se llenaban de rumores desconocidos y oía voces lejanas que le llamaban por su nombre, como desde el otro lado del mundo. Entonces tiene miedo. No sabe aún lo que sucede; pero su alcoba se ha ido llenando poco a poco de un angustioso olor a cera derretida, a incienso, a humedades de criptas abandonadas, a muerte. Cierra por unos instantes los ojos, pero para llorar, desesperado, al abrirlos. Acaba de saber que ha muerto alguno que él quería. ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Qué huésped de las nieblas le ha visitado durante ese corto olvido de su sueño para traerle la noticia? No lo sé con certeza. Pero el alma de Bécquer, según él mismo descubre en uno de sus últimos poemas, se movía, mientras la noche, por unos altos espacios habitados de "gentes" desconocidas, mudas, que convivían con ella breves horas, en silencio. ¿Quiénes eran? ¿Cómo eran? ¿Qué formán tenían? Si él alguna vez lo supo, no quiso revelarlo. Yo sólo sé decir que la alcoba de Gustavo Adolfo estaba llena de espíritus que, a veces, tomarían cuerpo de objetos y seres determinados, pero que casi siempre eran impalpables, nebulosos, indefinidos: fantasmas. Y estos fantasmas eran los que le vigilaban su vigilia; los que él, a fuerza de agrandar los ojos en lo oscuro y hundir su brazo en



Gustavo Adolfo Bécquer

el vacío, llegaba a palpar, a coger con la mano, a concretar, haciéndolos luego, al fundirles su sangre, criaturas tangibles de su poesía.

Todas las *Rimas* de Bécquer a mí se me aparecen como escritas a tientas, por la noche, sentado o recostado al borde de su lecho. Y ya se sabe que un lecho es una tumba, o como la losa blanca de una tumba que aun no ha abierto la boca para devorarnos, y que si apoyamos el oído contra ella podemos escuchar como un rumor sordo y vacío, que es sin duda la voz con que los sepulcros reclaman nuestros cuerpos. Y Bécquer, espantado, escuchaba y vigilaba esa voz, sin poderse dormir. Y lo mismo que algunos ángeles que vemos en los cementerios velando a la orilla de las fosas, escribía sus *Rimas*. Pero él no era de mármol; él era un pobre ángel de carne y hueso, perdido en una fría alcoba, sobresaltado por el crujir de las maderas, por el temblar de los muros, los cabezazos del viento y el fustigar de la lluvia en los cristales. Y tenía miedo, solitario en la noche oscura de su alma. Miedo de encontrarse a solas con sus dolores, acechado por recuerdos que se le agigantaban, atezándose por la garganta, hasta hacerle arrancar los estertores más entrecortados. Miedo de unos ojos que se le aparecían en las paredes, que le espiaban, a veces desasidos, desde los ángulos de los cuatro rincones. Y pensaba: ¿Cuándo amanecerá? Porque vivía entra nieblas que le

velaban el alba, y las rendijas de su cuerto nunca se habían visto dibujadas de luz. ¡Qué angustia! Él ya ha sentido antes subirle hasta la punta de los dedos ese golpe de sangre que nos manda empuñar, de súbito, un revólver o una navaja. Y ahora, de pronto, se le crispa esta mano. Tiene miedo. Ha sufrido, ha envejecido en una sola noche, le han engañado y traicionado. ¿Adónde ir? Conoce ya los cardos, las aulagas, las ortigas, los brazos de las zarzas que a la revuelta de un camino, de repente, nos tiran de la carne, saltándonos las venas. No desconoce tampoco las ruinas, las piedras que han adorado al cielo desde cerca y ahora son nidos de lagartos y duermen ignoradas de las estrellas y las nubes. Ha descendido al fondo de los pozos y ha vuelto de los abismos con el alma trastornada de espanto. Ha clamado en medio de la noche y sólo le han oído los buhos, las campanas y las hojas caídas, pisoteadas en el barro. Ya el mundo está desierto. Quiere dormir. Tiene sueño. Necesita escaparse de la niebla, ser huésped de la luz, huir de los fantasmas, deshacerse de una vez para siempre en el aire. Morir.

¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Sueño, morir, sueño, dormir; despertar en el alba, ver si hay también golondrinas del otro lado del cielo. No puede más. Los relojes le duelen. Los oye con el corazón, que se le para ya, de cuando en cuando, y se ahoga. ¿Es esto la agonía? Sí, debe serlo, porque le parece que el techo de su alcoba se ha ido abriendo despacio y que una nieve venida de Noruega le va petrificando, blanqueándole con una cal helada todo el cuerpo. Pero todavía le viven los ojos, agrandados ahora como nunca. ¿Adónde irán, cuando los cierre, esos fantasmas de sus noches? ¿Se quedarán dentro de él para hacerle imposible la vida inacabable de su muerte? ¿Dejarán de existir cuando él ya no exista? ¿Cómo explicar que el frío, que la nieve, no los vuelvan de hielo en medio de la atmósfera, haciéndoles caer a la tierra, rotos en mil pedazos? ¡Oh, dormir, no volverlos a ver, dejarlos para siempre fuera de su vista! ¡Amanecer, despertarse sin ellos!

Cuando, por fin, Gustavo Adolfo Bécquer dobla la cabeza con los ojos cerrados definitivamente, y su espíritu sube los últimos escabeles del umbral de la gloria, es recibido al alba por un nido de ángeles colgado, como los de los pájaros, a una alta enredadera de capanillas azules.

Rafael Alberti

Italia, agosto 1981.

Las *Rimas* de Bécquer en linda edición.
Precio \$ 1.75. Con el Adm. del Rep. Am.